

INTERNATIONAL CONFERENCE

Between Three Continents: Rethinking Equatorial Guinea on the Fortieth Anniversary of Its Independence from Spain

Hofstra University, Hempstead (New York)
Thursday April 2—Saturday April 4, 2009

LOS PARAISOS IMPOSIBLES

Francisco Zamora Lobo

En algún lugar de Internet de cuyo nombre no puedo acordarme, leí tiempo ha, que Annobon, mi isla y de mis ancestros, había pasado de edén a paraíso perdido desde el maldito día en que el señor Obiang Nguema, dictador vitalicio de la república de Guinea Ecuatorial, había decidido convertir, sus profundas azules aguas australes, en vomitorio ideal para los residuos radiactivos y tóxicos occidentales.

Ambo. Annobón. Paraíso perdido. Me río. Siempre me he reído de los paraísos y más aún si se hallan inexorablemente perdidos cual Shangai-la con sus lamas con bu-bú al sol del trópico, festoneado de cocoteros, palmeras, boababs y protegidas por playas de arenas blancas, donde niños y niñas negros, en pelotas, retozan a su libre albedrío.

Pero es puro espejismo. Annobón, como tantas islas, vive y vivió, desde siempre, en permanente peligro de resultar descubierto por piratas, negreros, colonizadores, misioneros, culturas criminales, tratantes de blancas

Los nostálgicos de estas tales postales edénicas, jamás caen en la cuenta que bajo cada cocotero sesteaba la ignorancia, el pian, la lepra y el paludismo. De modo que, cuando uno es, al fin, descubierto pasa a ser, de inmediato, carne de colonización objeto de colonización por obra y arte de misioneros y el gobernador colonial dispuestos a perpetrar y perpetuarse a base de leyes violentas que acabarán con las aspiraciones paradisiacas del sujeto más optimista.

De ese modo, un buen día, en vez de D'Atal o Salet Macús, mis bisabuelos y abuelos, ágrafos y analfabetos convictos y confesos, tomados a traición, se encontraron con sus gentilicios y patronímicos trucados y reemplazados por nombres tan rampantes como Miguel, Justino, Acacio, Rufino y apellidos como Orense, Madrid, Lugo, Santander o Gerona.

El trueque, esa claudicación vergonzante perpetrado por tahures y amanuenses venidos del Reino de España queda reflejado puntualmente en mi poema titulado, Tinta, pluma y papel.

Y es que mis ancestros vivían en un edén en un paraíso, pero no sabían ni leer ni escribir, eran, si, expertos en el arte de arponear cetáceos y escualos, pero quedaron en nada cuando llegaron de Castilla aquellos hombres que les derrotaron a base de:

“Tinta, pluma y papel, cédula
cédula y sello, bando y membrete”

El pecado original por no saber escribir ni leer, no solo les golpeó a ellos sino también a su descendencia, los annobones de hoy :

“Entregada atada de pies y manos

Al señor de Castilla,

El mismo que pule, fija y da esplendor

El mismo que a golpes de tinta, pluma y papel

Dispersará a vuestra posteridad

Por entre el señorío de Zamora

Y el ducado de Segorbe

Tras consumir el lento genocidio

Del recuerdo de vuestro linaje

A golpes de tinta, pluma y papel”.

Entonces, cuando uno es pobre, analfabeto y se halla aislado y hasta le roban el nombre y los apellidos ¿qué le queda? La impotencia. Porque aunque se encuentre en ese paraíso, en ese edén de postales para turistas ansiosos de ser intoxicados de soledades exóticas, sabe que su grito, su aullido desesperado es inútil y que su revuelta se acallará con varios golpes de arcabuz, porque aunque tuvo éxito con la primera revuelta, constatará pronto que en esta ocasión sus probabilidades para emerger indemne de la colonización española, serán nulas porque en el camino ha perdido las formulas de las pócimas que utilizó Andja Biji, y que sirvieron para derrotar al pertinaz invasor

“Aquella heroína

Que armada de pócimas, conjuros

Y estrategias de guerrillas

Nos condujo a la más grande de las victorias”

En esta y definitiva ocasión, el propietario del edén imposible saldrá derrotado porque el enemigo, el descubridor, el misionero, ha venido para quedarse y recurrirá a sofisticadas violencias para reafirmarse en el territorio conquistado.

A partir de aquí, la vida paradisíaca del annobonés golpeado en su autoestima, se trastoca, se disloca, ya no es dueño de su destino. En consecuencia, descubrirá que carece de resortes para impedir que lengua materna, el fa dambo, quede relegado a un segundo plano, reemplazado por el idioma Castilla, tan rica en verbos, artículos, prosopopeyas, complicadas estrategias gramaticales, fantásticas metáforas, y giros extraordinarios, aderezados de catalanismos, andalucismos y aragonesismos y canarismos que el no alcanza a comprender y a entender, pero que le van empapando hasta perderse en todos los vericuetos del romance, el soneto y la endecha.

Poco a poco el viejo Salet, asistirá cómo, sus hijos y nietos, en los pupitres de primaria, su geografía desde Palea a Mebama, ignoran su cartografía para centrarse en los ríos, montes y valles de España, ¿Y qué decir de la vieja religión annbonesa? ¿Cómo osar competir con la pomposa liturgia católica llena de sotanas, pilas bautismales, genuflexiones, sermones, novenas, triduos y misas concelebradas, el catecismo, la primera comunión, el padre nuestro, o el yo pecador recitados de memoria como si fuesen la esencia vida y alma del nuevo saber?

Derrotado desde el púlpito, el annobonés descubrirá, incluso, que si se atreve a buscar nuevos horizontes, como por ejemplo, emigrar, al paraíso siguiente, y no me refiero a Sao Tomé y Príncipe, sino a, Bioko, en poder también del Imperio, había de estar en posesión de la partida de bautismo, donde quedaba reflejado su nuevo nombre y apellidos.

Es el sello. La herencia de una colonización colonial, que le seguirá, a partir de entonces, como un mal hedor a donde quiera que vaya, incluso en lo momentos de reposo. Cundo toque solazarse:

“Entre burlerías, cuentos, berlandinas

Gaitas, sonajas y adufes

Danzas, solaces, cantarcillos,

Y alabardas para celebrar que, después de todo

Logró sobrevivir”

Sobrevivir. Es el lema. Aunque sirva de poco.

Ya que, si esa Arcadia feliz, solitaria, logra sobrevivir a los embistes de la civilización, la religión verdadera, el dios verdadero y único, el imperio, Franco, la Guardia Civil, tendrá una segunda oportunidad con la Independencia, siempre cuando el nuevo dueño, llamado Macias Nguema, no se arme de enojo e ira contra Annobón por haber preferido y votado la candidatura de Ondo Edú, ya que ese loco, antropófago y

ególatra a continuación pondrá la primera piedra para condenar a la isla, al paraíso al olvido y al ostracismo como venganza:

Así, es como, el annobonés, recién independizado, asistió desde el Viyil, boquiabierto, a la devastación gratuita a cargo de las tribus venidas de allende el continente y deseosas de vengarse de las afrentas derivadas de votar en libertad:

“Grande debió ser la afrenta

Para tanto excitar al Esangui

Exasperar al Eseng

Incomodar al Obuk

Enfadar al Samangon

Ofuscar al Esandon

Y desaforar al Efak

Asombrados, aún

Ante tan desmesurada respuesta

Osamos de tarde en tarde

Preguntar a los ancianos

Del Viyil

Por el origen de aquel devastador enojo”

A partir de aquí, caerá sobre el paraíso, endemias y plagas bíblicas sin cuentos que culminarán en una epidemia de cólera, en 1977, que a punto estuvo que acabar con todos los habitantes de Annobón.

Para detener aquella pesadilla, ocho jóvenes, salieron una madrugada en un cayuco rumbo a lo desconocido, sin brújula, con la sola intuición de los marineros de toda la vida, lograron alcanzar Gabón, tras ocho días de peripecias, y una vez en el predio del señor Bongo, dieron la voz de alarma, pero la llamada Comunidad Internacional se hizo, como siempre, el sordo, y la hazaña no sirvió para rescatar al paraíso de la devastación.

Menos mal que de aquella extraordinaria aventura sobrevivió en un cuaderno de bitácora, titulado “8 hombres, 8 años y 8 días” escrito por Pedro Bodipo Liso, un escritor de raza que aprendió a leer con Marcial Lafuente Estefanía que, con pulso firme escribe:

“El mar se presentaba apacible, y la luna caminaba hacia el menguante ofreciéndonos su media cara con una claridad diáfana que rielaba sobre el mar resaltando sus tonalidades plateadas”

Así que hubo que recurrir al milagro. Así, un día, lo mismo que llegó el cólera así se marchó. Pero nuestro gozo en un pozo, porque a continuación aparecieron las ratas y pusieron cerco a la isla, dejándola sin malangas, ñames, y cualesquiera cosa que tuviera forma de tubérculo o fruta, limones, piñas, bananas, mangos.

No había que comer, pero mientras tanto, una población exangüe e impotente, observaba cómo sus aguas eran esquiladas de peces y crustáceos merced a los

acuerdos internacionales que el tirano, Macías Nguema, había firmado a cambio de amistad con la Comunidad Económica Europea.

Pero, como en las malas películas de terror de Serie B, estaba aún por llegar lo peor. Y llegó. De la mano del sucesor de Macías Nguema, es decir su sobrino Obiang Nguema, quien firmó un miserable contrato de dos millones de dólares con las compañías británicas UK Buckinghamshire y Envatrex, y una norteamericana de nombre de nombre Axim Consortium Group, para verter en las aguas del paraíso de Annobón, entre 1988 y 1997, ni más ni menos que dos millones de bidones de pesticidas, concentrados de productos para el blanqueo de papel, cianuro, cloruro de fenol, dioxinas y formaldehídos.

El Apocalipsis estaba servido.

Dejen pues, que en vez de leer, mejor les canto qué es lo que siente un pobre poeta, cuando un negro negrero como el señor Obiang Nguema se enriquece con los paraísos imposibles como Annobón

Canción de Cuna para Annobón:

Besos NH_3

Desamor de CO_2

Adiós desde el Bophal

Rip en Chernobil

Siento tu sexo letal

Navegar mi mar, tu mar

A bordo de un vapor

Rumbo a Annobón

No se decirte, amor,

Si este será el adiós final

Selva blanca, Selva de hormigón

Soy un ave en vías extinción

Selva blanca, selva de hormigón

Soy un ave en vías de extinción.

Así, pues, los paraísos no existen porque resultan de todo punto imposibles.